

Interpretaciones alternativas sobre el 20 de diciembre en Argentina

Rolando Astarita

El levantamiento popular contra el gobierno de De la Rúa de diciembre de 2001 dio lugar a dos tipos de interpretaciones que gozaron de generalizado consenso entre la izquierda radicalizada y el pensamiento progresista, respectivamente.

En la izquierda se caracterizó que a partir de diciembre de 2001 se abría una situación política revolucionaria (o pre-revolucionaria), determinada por un cambio de la correlación de fuerzas entre las grandes clases sociales y una dinámica de protesta social en ascenso. Desde el punto de vista programático, se planteó entonces la estrategia de "construir poder alternativo" en términos reales. Entre quienes adhieren al pensamiento progresista se tendió a considerar que el 20 de diciembre marcaba "el final del modelo económico social instaurado en el país a partir del golpe militar de 1976" (como lo afirmó Verbitsky; y también declaraciones de Ibarra y Moyano) y se abría un campo propicio para la transformación de las formas de hacer y participar en política. La idea de que se habrían desatado fuerzas impulsoras de la autodeterminación y creciente autonomía de los ciudadanos, propensos al cuestionamiento de las estructuras vigentes, recorrió también las interpretaciones sobre la coyuntura (intervenciones de Luis Zamora).

El enfoque que presentamos cuestiona estos enfoques. Nuestro análisis tiene como punto de partida la tesis -que no vamos a intentar demostrar ahora- que dice que son las relaciones de fuerzas entre las clases sociales fundamentales las que determinan el curso profundo de las políticas económicas y sociales, en el marco de las tendencias de la acumulación del capital -a las cuales no son ajenas las coyunturas

económicas cíclicas. En particular, sostenemos que es la intervención de las fuerzas del trabajo asalariado -la fuerza productiva por excelencia en la sociedad actual- la variable que puede modificar el panorama político y social en un sentido progresista y liberador para las inmensas masas de la población.

Teniendo esto presente, sostenemos que en los días decisivos que marcaron el fin del gobierno de la Alianza la clase obrera [entendemos como perteneciente a la clase obrera a toda@ asalariad@ que vende su fuerza de trabajo y está subsumid@ a la relación capitalista, sea en la industria, el comercio o el sector servicios] no intervino *como clase*, con sus organizaciones y con un programa alternativo, y *que este hecho tiñó con su luz particular la coyuntura y determinó los límites de los movimientos sociales de protesta*. De hecho el cambio de gobierno no modificó en alguna manera esencial el *modelo*; y la ausencia de alternativas económico-sociales superadoras operó negativamente para los movimientos sociales. Lo cual facilitó la preparación de una salida de la crisis profundamente regresiva. Presentamos a continuación los argumentos principales.

No se modificó la relación de fuerzas entre las grandes clases sociales

La clase trabajadora no intervino en los enfrentamientos del 20 de diciembre, ni en el decisivo cacerolazo de la noche del 19 al 20; tampoco lo hizo en los cacerolazos previos y posteriores a esa fecha. Las concentraciones obreras del Gran Buenos Aires, Rosario, Córdoba permanecieron *pasivas* durante diciembre y enero. Por otro lado los saqueos, que también contribuyeron a la caída del gobierno, constituyeron un fenómeno ajeno a las fuerzas mayoritarias del trabajo,

a pesar de que en algunos lugares (zona sur de Gran Buenos Aires) organizaciones de desocupados superaron el saqueo, logrando algunas reivindicaciones como la entrega de planes Trabajar. En lo que respecta a las Asambleas barriales, hijas directas de los cacerolazos, no lograron trascender el radio de reducidos sectores de las capas medias de la población de Capital Federal y algunas ciudades del conurbano bonaerense o Rosario; y actuaron en medio del mar de la pasividad de las grandes fuerzas del trabajo.

A la luz de todos los datos disponibles es posible afirmar que el gobierno de De la Rúa cayó producto de una conjunción de fuerzas muy heterogéneas, entre las que se contaron notoriamente sectores importantes del aparato del partido Justicialista de la provincia de Buenos Aires, y un amplio espectro de la clase media. Esta heterogeneidad condicionó a su vez las consignas de la movilización. Además de la renuncia de De la Rúa, la protesta fue dirigida contra la "clase política", los banqueros y la corrupción en el Estado y para "que se vayan todos" (algunos programas "omnibus" aprobados en las reuniones de las Asambleas de Parque Centenario fueron más el producto de intervenciones militantes, que una genuina expresión de las voluntades de las bases participantes). El carácter negativo de las demandas más comunes evidencia que no existieron alternativas de acción política y programáticas referidos al poder del Estado y a la crisis.

Esta falta de alternativas explica que "las masas" no pudieran controlar ni torcer el curso posterior de los acontecimientos. *Es que protestar y rechazar no es sinónimo de decidir el curso de los acontecimientos; a lo sumo es presionarlos, y la presión se puede ejercer hasta un punto limitado.*

Esto explica también que *al día siguiente* de la caída de De la Rúa nada se modificara en beneficio de los trabajadores en los centros de producción. El movimiento del 20 de diciembre no podía repercutir ni

siquiera indirectamente en un cambio en las relaciones de fuerza entre las clases sociales. En síntesis, se puede decir *que el capital no vio resentido ni cuestionado su poder en ningún momento, en ningún sentido fundamental.*

No cambió el modo de acumulación

Lo anterior a su vez tuvo como consecuencia que el curso esencial de las políticas económicas que se habían venido instrumentando en las dos últimas décadas no se viera alterado por el levantamiento y el cambio de gobierno. Por supuesto, el dato de superficie es que cayó la Convertibilidad, lo cual introduce muchas mediaciones y modificaciones en las políticas concretas. Pero por debajo de estos cambios *subsistió la estrategia esencial de inserción en el mercado mundial y acumulación*, estrategia que se sustenta, entre otros hechos, en la precarización laboral y el aumento sistemático de la explotación, en políticas monetarias y fiscales "duras" -destinadas a imponer el disciplinamiento del mercado sin mediaciones-, en la libertad de movimiento de los capitales y el rechazo de cualquier política que apunte a una redistribución progresista del ingreso. Así, la baja salarial y la precarización laboral, que no había logrado llevar hasta el final el gobierno de la Alianza vía Convertibilidad, se terminarían de instrumentar en los meses que siguieron al 20 de diciembre vía devaluación-inflación y desocupación. No hubo nada parecido a un régimen keynesiano de acumulación, basado en el mercado interno, la distribución del ingreso, o la re-estatización de empresas privatizadas. A pesar de las tensiones y divisiones, ninguna fracción de la clase dominante cuestionó seriamente la política vigente en relación al trabajo. Ninguna Cámara empresaria propuso un cambio de fondo al

respecto. Es que existe una unidad sustancial en torno al "programa" del *capital en general* (concepto que tomamos de Rosdolsky). Es sintomático que el candidato a presidente de los empresarios -incluida la mayoría de los que integran la Unión Industrial Argentina- sea López Murphy, en primer lugar; y Menem en segundo término. Ambos son representantes genuinos del modo de acumulación que se vino imponiendo. Es también significativo que el "modelo chileno" - caracterizado por una altísima tasa de explotación de los trabajadores- sea alabado y tomado como ejemplo por un amplio abanico que abarca al presidente Duhalde, las Cámaras empresarias, economistas "ortodoxos" (como los que pertenecen a la Fundación Capital) y muchos sectores del "progresismo" (el ARI). Esto indica que en la clase dominante *había y hay una estrategia de fondo*. Lo cual tenía, y tiene, dos implicancias claves:

a) no bastaba un cambio de gobierno para modificar "el modelo". Si estábamos ante una orientación económica de tipo estructural -que en última instancia engarza con las tendencias de la acumulación mundializada de los capitales- es claro que los cambios de figuras gobernantes no podían alterar el curso de fondo.

b) era por lo tanto decisivo presentar, desde los movimientos sociales de protesta, una alternativa de tipo estratégico frente a la política de fondo de la clase dominante. Esta alternativa superadora de lo existente y beneficiosa para los movimientos populares no podía limitarse al rechazo de los políticos y los corruptos. Tampoco podía cambiar el rumbo de fondo a partir de respuestas parciales y "en los márgenes" (ejemplo, clubes del trueque), en tanto el capital y su Estado conservaran el centro de la escena.

Los efectos de la falta de alternativas

Al no estar presente esta alternativa global, el movimiento de protesta se vería enfrentado a la alternativa de repetir sin fin movimientos de expulsión y rechazo, que en definitiva lo desgastarían. Un ejemplo ilustrativo: al presidente del Banco Central, Roque Maccarone, lo echa un "cacerolazo" a los pocos días de la caída del gobierno de la Alianza. Es reemplazado por Mario Blejer, un hombre de confianza del FMI. Pero no hubo entonces nuevo "cacerolazo". Por supuesto, podía haberse dado otro movimiento para sacar a Maccarone, pero la cuestión seguiría sin resolverse; hacía falta proponer algo más que un cambio de personas.

Todo esto ayuda a explicar la dialéctica del estallido de diciembre de 2001, así como de muchos otros que derribaron gobernadores (en la década del noventa varias provincias fueron sacudidas por movimientos, sin que se modificaran las políticas de fondo) o ministros (ejemplo, el ministro de Economía Ricardo López Murphy es obligado a renunciar, pero es reemplazado por Domingo Cavallo, que continúa con los ajustes). Invariablemente, pasados los primeros días de euforia y triunfo, los movimientos comienzan a girar en el aire en la medida en que no se formulan cursos cualitativamente distintos, y asumidos por los sectores populares. Mientras tanto, la crisis y el malestar social continúan, y la clase dominante *actúa* (nunca se insistirá bastante en que "no hay crisis sin salida"). No existe así la posibilidad de *acorrallar* al capital y su Estado en tanto la protesta social no articule programas para enfrentar escenarios marcados por el chantaje de los propietarios de los medios de producción y el dinero (huelga de inversiones, "golpes de mercado") y la desocupación masiva. En la medida en que no haya respuesta a estas cuestiones, no podrá haber algo parecido a un movimiento asintótico de ascenso creciente de las luchas sociales. Por el

contrario, se acrecientan las posibilidades de decepción y desengaño (que se vive por lo general como un "reflujo" del movimiento). Las cuestiones que se discuten en muchos ámbitos de las ciencias sociales sobre *falta de representación política y vacío de los partidos* tienen que ver con estas falencias de las fuerzas que se presentan como alternativas. Por esto también la idea de que "el pueblo tomó conciencia el 20 de diciembre del poder de su movilización", que por lo tanto "ya no se dejaría engañar" y que "pasaría a controlar los actos de gobierno", dispuesto a "cambiar cuanto gobernante haga falta hasta que respondan a nuestros intereses" [expresiones tomadas de intervenciones recogidas en las Asambleas], no se podía verificar en la práctica, dadas las condiciones reales del movimiento.

Se explica así la frustración de las esperanzas "revolucionarias". En los casi once meses transcurridos desde el "inicio de la revolución en Argentina" (Chesnais *dixit*), *se ha consolidado la ofensiva del capital y del Estado sobre las fuerzas del trabajo y los sectores populares*. Sectores que habían presentado fuertes resistencias, como docentes de la provincia de Buenos Aires, fueron quebrados (anulación del estatuto docente casi sin resistencia). Los asalariados no lograron poner obstáculos serios a la baja salarial y la flexibilización completa. Esto evidencia una relación de fuerzas entre las dos grandes clases sociales muy desfavorable a los trabajadores, y que a su vez *impone una restricción objetiva a las posibilidades de desarrollo de los movimientos sociales de protesta o reivindicación*. Por eso la inclinación por las acciones mínimas reivindicativas, incluso por formas de organización y producción elementales, ha terminado por convertirse en una respuesta acorde con la situación política planteada.

En este cuadro no es de extrañar que tampoco tuvieran asidero las tesis que postulaban una liberación de las grandes mayorías vía una creciente autodeterminación y autonomía de los ciudadanos. Muchas

veces se ha señalado, desde una óptica marxista, cómo la búsqueda de una pretendida autonomía individual jamás puede anular la interdependencia real de los seres humanos con respecto a relaciones sociales que, lejos de dominar, los dominan a ellos mismos. Este *universal* se singulariza en la Argentina del presente con especial relevancia. Millones de seres humanos sufren terribles condiciones de explotación, potenciadas por un despotismo de las direcciones de empresas que parece no reconocer límites. Otros varios millones de seres humanos están condenados a la más brutal degradación física, porque ni siquiera han podido optar por "la dicha de ser explotado". En este cuadro, hablar de *autodeterminación* y *autonomía* es una abstracción. Es paradójico al respecto que el discurso de sectores progresistas reproduzca inconscientemente el de la economía neoclásica, que proclama la soberana autonomía del individuo por encima de las relaciones mercantiles y de explotación en las cuales está inmerso. La liberación de estas condiciones no puede lograrse con huidas al reino del puro *yo* o al abstracto plano de los *ciudadanos* o "consumidores". Por eso es necesario avanzar en un proyecto alternativo, con base en la solidaridad de intereses de todos aquellos que sufren la explotación y la opresión; y a partir del cual cada uno podrá reconocerse como una individualidad *social*.